

Dice 5/72

Entregas 61 y 62.

INSTRUCCION. RECREO. MORALIDAD.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

VIAJE HISTÓRICO, GEOGRÁFICO, CIENTÍFICO, RECREATIVO Y PINTORESCO. HISTORIA POPULAR DE ESPAÑA EN SU PARTE GEOGRÁFICA, CIVIL Y POLITICA, PUESTA AL ALCANCE DE TODAS LAS FORTUNAS Y DE TODAS LAS INTELIGENCIAS. VIAJE RECREATIVO Y PINTORESCO

ABRAZANDO: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.

OBRA ILUSTRADA CON GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO REPRESENTANDO: los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y ESCRITA EN VIRTUD DE LOS DATOS ADQUIRIDOS EN LAS MISMAS LOCALIDADES. UNA SOCIEDAD DE LITERATOS.



BARCELONA: IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D PABLO RIERA, calle de Robador, n.º 24 y 26. 1872.

ISLA DE CUBA.

ISLAS CANARIAS.

PUERTO-RICO.

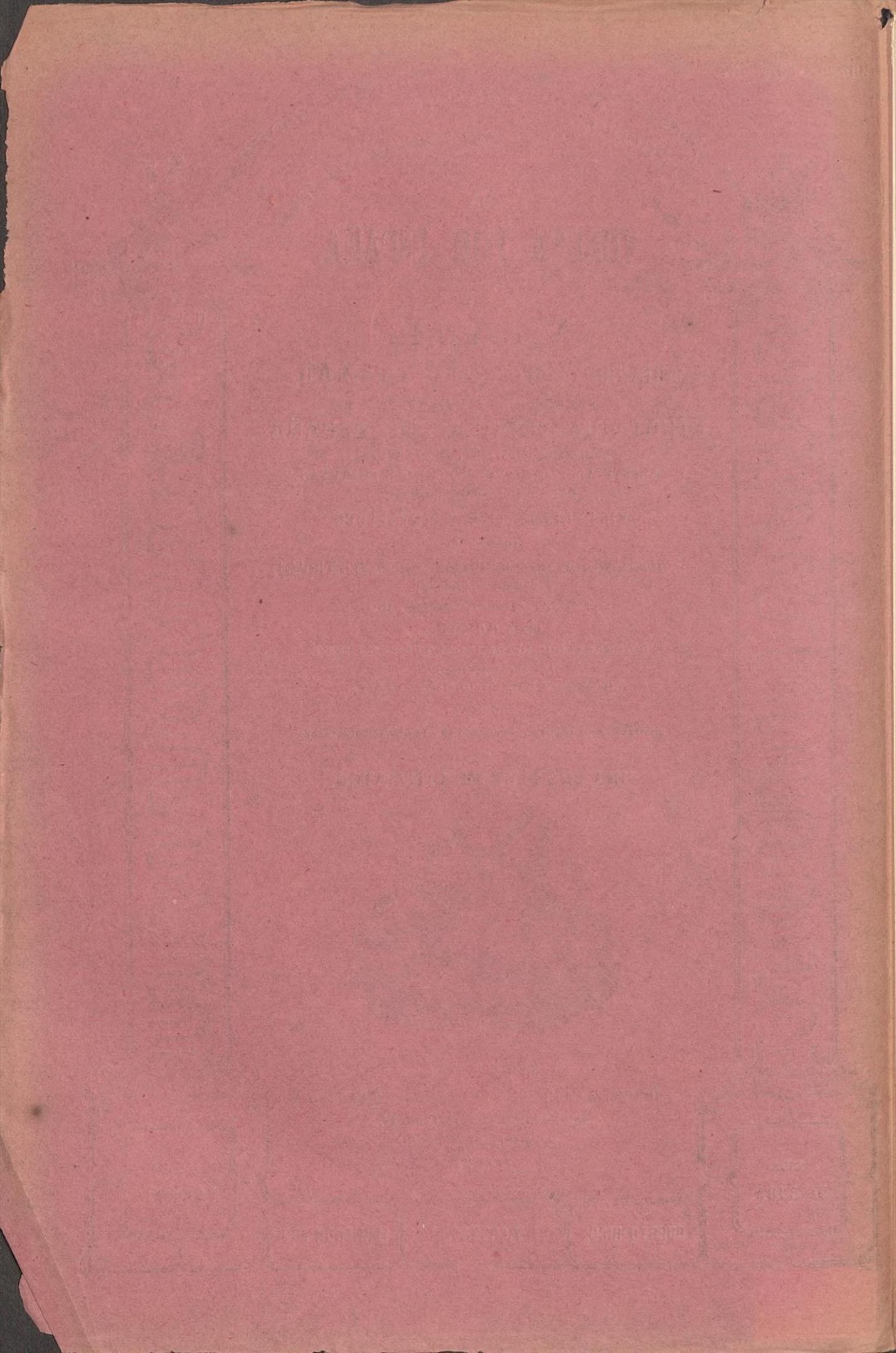
FILIPINAS.

FERNANDO POO.

- Madrid. Toledo. Ciudad-Real. Cuenca. Guadalejara. Zaragoza. Huesca. Teruel. Barcelona. Tarragona. Lérida. Gerona. Valencia. Alicante. Castellon. Murcia. Albacete. Córdoba. Jaen. Granada. Almería. Málaga. Sevilla. Cádiz.

- Huelva. Badajoz. Cáceres. Leon. Salamanca. Zamora. Oporto. Burgo. Valladolid. Palencia. Ávila. Segovia. Soría. Logroño. Santander. Álava. Guipúzcoa. Vizcaya. Coruña. Lugo. Orense. Pontevedra. I. Baleares. Navarra.

L47 2928



nicioneros, sastres, zapateros y demás industriales para atender á las necesidades de la poblacion.

Igualmente hay tiendas de sederia, de géneros coloniales, de abacería y molinos de chocolate, donde se elabora este artículo con bastante perfeccion.

Celébranse dos ferias anuales, una en setiembre y en noviembre la otra, las cuales están bastante concurridas, verificándose muy regulares transacciones.

Hay un buen teatro que tiene cabida para nuevecientas personas, en el cual suelen actuar aun cuando por cortas temporadas, algunas compañías dramáticas, si no de primer orden, suficientes para distraer á los vecinos de la ciudad.

Tambien hay casino y cafés y en resumen no carece de esos elementos de distraccion y recreo de que hoy suelen participar aun las mas insignificantes poblaciones.

El clima, en lo gèneral, es bastante benigno y unido á esto lo ventilado de la posicion que ocupa Huete, contribuyen en gran manera á que no sea propenso á enfermedades.

XL.

Un paseo por la ciudad.— Noticias históricas.

El paseo que digimos existe á la entrada de la poblacion, es bastante agradable: fórmanle varias calles de chopos, con asientos de piedra y una bonita glorieta.

Una ermita dedicada á San Sebastian es el término del indicado sitio, disfrutándose desde él la encantadora perspectiva de la vega limitada por lejanos montecillos.

El arroyo Cauda que la fertiliza pone en movimiento durante su curso algunos molinos harineros.

Dos barrios constituian en lo antiguo la ciudad, denominándose de Atienza el superior, tal vez porque fue ganado y poblado por gentes de aquel punto, y de San Gil el inferior, nombre que tal vez le deberia á alguna de sus parroquias.

La Casa consistorial es un edificio bastante espacioso y cuya arquitectura, sin ser un modelo en su género, es muy recomendable.

Ocho puertas daban en lo antiguo entrada á la ciudad; hoy que esta ha rebosado fuera de las murallas que la rodeaban, aquellas ó transformadas en arcos ó convertidas en ruinosos boquerones, facilitan el ingreso de unas á otras calles ó á las mismas plazas.

En este caso se encuentra una que conduce á la llamada plaza del Reloj, en medio de la cual se eleva una torre de sillería donde está el reloj, la cual termina con una cúpula que nada de notable encierra.

La construccion de esta torre se remonta al reinado de Felipe II.

En la misma plaza en uno de sus costados hállase la cárcel, edificio construido durante la dominacion del último rey de la casa de Austria, y en el opuesto está el Ayuntamiento, de cuya casa nos hemos ocupado ya.

De las cuatro parroquias que en la actualidad existen, una solamente permanece en su propio edificio, las demás han tenido que establecerse en las iglesias de los conventos.

Al de religiosas justinianas de Jesús y Maria, trasladóse la parroquia de Santa María de Castejon y notable por mas de un concepto es el edificio de que nos ocupamos, erigido en el siglo XVI por el arcediano de Alarcon D. Marcos Parada.

Compuesto el primer cuerpo de la portada de esta iglesia de cuatro columnas de orden jónico, tiene en los intercolumnios las estatuas de San Pedro y San Pablo primorosamente trabajadas y sobre su cornisa plateresca, un bajo relieve representando el nacimiento del Hijo de Dios, y las figuras de las virtudes, de las cuales, la Caridad está sobre el fronton.

El interior es espacioso, admirándose algunos detalles góticos, pinturas de bastante mérito y retablos con delicadeza y gusto trabajados.

En el convento de la Merced existe la antigua parroquia de San Estéban y si bien la parte propiamente dicha del convento, es un edificio grandioso cuyas fachadas están llenas de balcones y en cuyo interior abundaban las espaciosas salas, anchas escaleras y desahogadas galerias, la iglesia barrocammente adornada, con gran crucero y elevada cúpula, no tiene nada que artísticamente llame la atencion.

Á la iglesia de los Jesuitas trasladóse la parroquia de San Nicolás el real de Medina, mientras la de San Pedro subsiste como ya digimos en su primitivo edificio.

Y no eran estos los solos conventos que un tiempo encerrara Huete.

Pruébanlo las ruinas que en sus afueras se hallan pertenecientes al de San Francisco, fundado en 1214; pruébanlo tambien, el de Santo Domingo, que disimula sus cuatro siglos y medio de existencia merced á haber sido renovado de tal manera que solo resta de lo que era antiguamente, una efigie cubierta con una armadura completa y calada la visera, que segun se supone con fundamento, debe ser imágen de Andrés Gonzalez de Monteroso, á quien los católicos Reyes armaron caballero; y el de Clarisas que remonta igualmente su fundacion á 1503.

Otras ruinas próximas al cementerio atestiguan que en aquel sitio hubo aun otro templo, quizá parroquia, dó al Señor se elevaban preces, y cuya arquitectura, de orden bizantino, debió ser, á juzgar por los trozos que restan, de bastante buen gusto.

En el mismo estado ruinoso, á corta diferencia, se halla el castillo, situado en la cima del cerro, cuyos derruidos torreones afectan mil formas diversas y caprichosas. Los vestigios que en torno de ellos se hallan, prueban que allí existió la primitiva ciudad, con carácter de fortaleza á no dudarlo.

XLI.

Recuerdos históricos de Huete.

Piérdese el origen de Huete en la noche de los tiempos.

Remóntase á los celtiberos, primitivos pobladores de España, y ya la menciona Ptolomeo con el nombre de *Istonium*, que sufriendo distintas transformaciones (*Visto-*

nium é *Histonium* en tiempo de los romanos: *Velle*, *Vedde* y *Huedde* en el de los árabes) vino á convertirse en el, con que hoy se le conoce.

Esto no obstante, su importancia empieza solo desde el siglo VIII de J. C.; en 797 sus habitantes se declararon por Abdallah, uno de los dos rebeldes tios de Alhakem I, que al cabo de dos años logró someterla y desde entonces puede decirse que tomó parte en cuantas revueltas intestinas devoraron la España musulmana y no siempre en favor del legítimo soberano.

Levántase, Muza contra Mohammed en 854, y en 886 Caleb bem Hafsum contra Almondhir y ambos rebeldes encuentran favorable acogida en los de Huete que no vacilan en alzar por ellos bandera, perdiendo Almondhir la vida bajo los muros de la ciudad al marchar con un ejército á reducirla.

Cuando Alfonso VI se desposó con Zayda, entregósele Aben Abed como parte del dote de esta; y si bien no tardó mucho el veleidoso emir de Sevilla en arrebatársela, tornó de nuevo al poco tiempo á poder del castellano.

Tambien figura Huete en las guerras entre Laras y Castros; durante la minoria de Alfonso VIII, pues perteneciendo á los segundos, al ocurrir la lucha entre ambos competidores en los cercanos campos de Garci-Naharro, uno de los primeros, hecho prisionero en aquella jornada, fue conducido para su custodia al mas arriba nombrado castillo huetense, que á la sazón no se hallaba, por cierto, en estado ruinoso.

Creemos no disgustar á nuestros lectores dándoles algun detalle acerca de este suceso.

Avistadas las huestes al mando una, en la cual iba el monarca de solos ocho años, de D. Manrique de Lara y su hermano D. Nuño, y acaudillada la otra por D. Fernando de Castro, trabóse la lid y como el primero viese en medio del combate al que creyó ser su personal enemigo, se dirigió contra él con ánimo de acabarle, pero cuando ya le habia derribado advirtió con gran sorpresa suya que el vencido era solo un escudero del de Castro y aprovechándose de ello este, cayó sobre él sin darle tiempo mas que para exclamar al sentirse herido de muerte: *Artero, artero, mas no buen caballero.*

Viendo á D. Manrique herido, desbandóse su gente, quedando, por lo tanto la victoria de parte de su competidor que hizo multitud de prisioneros, entre ellos el mismo D. Nuño ya citado.

Deseoso este de salir del poder de su afortunado y astuto vencedor, decidió emplear tambien contra él la astucia y la fortuna le fue igualmente propicia. Prometió bajo palabra de honor que si le ponía en libertad, en cuanto diera á su hermano la conveniente sepultura, tornaría á ponerse á su disposicion; accedió su contrario á la demanda, y una vez libre Nuño, evitó el compromiso contraido, colocando el cadáver de D. Manrique metido en un ataúd sobre una torre del castillo de Tariego, pero difiriendo su entierro indefinidamente.

Unos ocho años despues de esta lucha, en 1172, Taxfin el emir de los almohades, puso sitio á Huete al frente de un numeroso ejército; pero cuando ya los sitiados, tras de haber rechazado valientemente los ataques de los infieles, se iban á ver obligados á sucumbir ante un enemigo terrible, la sed, sobrevinieron unas providenciales y copio-

sas lluvias, que proveyendo de agua los algibes permitiéoles aguantar la llegada de Alfonso con su ejército, que obligó á Taxfin á levantar el cerco.

Á juzgar por el empeño con que continuamente se la disputaban unos y otros, debia Huete ser fortaleza de bastante importancia; así es, que en 1197 la vemos de nuevo atacada por los infieles acaudillados esta vez por Jacub ben Yussuf; pero socorrida tambien á tiempo, hubo de retirarse el árabe sin lograr su intento. El haber acontecido este hecho el día de las santas Justa y Rufina, hizo que el pueblo las adoptara por sus patronas, de donde se debe inferir que no pequeño era el aprieto en que ya se hallaba al recibir auxilio.

Cuatro lustros mas tarde, D. Álvaro de Lara, hijo de D. Nuño, se amparó de los muros de Huete con el rey Enrique I, de corta edad, á fin de poder manejarle á su antojo, apartándole del lado de su hermana y tutora D.^a Berenguela, que se vió obligada á enviar á una persona de su confianza para tratar de conseguir del Lara la libertad del jóven monarca.

Ya no se vuelve á mencionar á Huete hasta 1290 por hacerse en ella un empadronamiento general de las aljamas de judíos, del cual resulta que pagaban á título de servicio y encabezamiento unos tres millones de maravedises próximamente lo que hace fijar en un millon el número de los judíos que en aquel tiempo moraban en ambas Castillas. El padron que con este motivo se formó hállase guardado en los archivos de la catedral de Toledo.

En 1388 pasó á poder de D.^a Constanza, hija última de D. Pedro *el Cruel*, en virtud de la donacion que de ella le hizo D. Juan I en cambio de la renuncia de los derechos que por aquel título pudiera tener á la corona, lo cual «demuestra, segun dice un erudito escritor, que hubo de parecer entonces dádiva digna de ser ofrecida en recompensa de un trono.»

No obstante, su importancia, no fue considerada Huete como ciudad hasta que D. Juan II la hizo merced de este título, al que poco despues añadió Enrique IV el de ducado, que dió á un sobrino del famoso arzobispo de Toledo, Acuña.

Poco permaneció en poder de Lope Vazquez de Acuña, que así se llamaba el pariente del prelado, pues en 1476 forzáronle los Reyes Católicos á renunciar á su título y á entregarles la ciudad, que pasó á incorporarse á la corona.

El ordenamiento real y la compilacion de las leyes, de Alonso Diaz de Montalvo, fueron escritos por este hallándose en Huete que, pertenencia primeramente del arzobispado de Toledo, pasó á formar parte del de Cuenca cuando este se creó.

En los tiempos posteriores nada de notable encierra la historia, y para encontrar algo digno de mencion es necesario que saltando algunos siglos, vengamos á parar á la guerra civil suscitada á la muerte de Fernando VII.

Los cabecillas carlistas Caja, Cubells y Polo la tuvieron mas que otro alguno en continua alarma y la causaron no pocos vejámenes.

Otro cabecilla, Gomez, en 7 de diciembre de 1836, penetró en Huete con ánimo de descansar un poco, mas apenas conseguido esto y cuando de nuevo se disponia á

continuar su marcha, las tropas que le perseguían lograron darle alcance á muy corta distancia de la poblacion.

Es esta patria del ilustre reformador de la Órden de la Merced, Fr. Juan Gonzalez; del arzobispo de Lima D. Diego de Parada y Vidaure y del obispo de Astorga, D. Diego de Veancos y Salcedo.

Cuenta tambien en el número de sus hijos á D. Alonso de Encina, juez de la corte de Nápoles, á Fernando de Zorita, Cristóforo Gonzalez, con algunos otros menos notables que omitimos en gracia de la brevedad.

Para terminar todo cuanto á Huete se refiere, réstanos decir tan solamente que en su escudo de armas, además de los castillos se ostenta un leon rapante sobre una media luna.

XLII.

Ercávica y Valeria.

Una vez impuestos nuestros cuatro amigos de los pormenores que hemos referido, decidieron regresar á Cuenca con objeto de dirigirse luego á Sigüenza y tomar en esta última el tren para proseguir su viaje.

Mientras caminaban, empezaron á hablar acerca de la provincia que se hallaban próximos á abandonar.

—Y bien — dijo D. Cleto, — ¿qué les parece á Vds. la provincia de Cuenca en general?

—Si quiere V. que le hable con franqueza, opino de esta lo que de las que ya hemos visitado: bastante negligencia por parte de gobiernos y particulares, muchos recursos perdidos, muchas riquezas abandonadas; hé aquí las frases que en mayor ó menor escala pueden reasumir el juicio de todas las comarcas de nuestra hermosa España, que á ser menos rica y menos fértil por naturaleza, no sé si á estas fechas estaria aun poblada, al menos por sus actuales habitantes.

—Razon tiene Azara — dijo Pravia; — ha estado severo, pero justo; si los gobiernos se interesasen mas por los pueblos, ó lo que seria mas de desear, si los pueblos se acostumbrasen á pasar sin la tutela é iniciativa de los gobiernos y supieran obrar por sí solos, bien puede asegurarse que no nos hallariamos en el precario estado en que nos encontramos.

—En esa parte es preciso que reconozcáis — replicó Sacanell con cierto orgullo local — que Cataluña es la que se lleva la palma.

—¡Oh! No te engrias tan pronto, Sacanell amigo; pues si bien es cierto que en Cataluña se hace y se trabaja mas que en cualquiera otra parte de España, no lo es menos que aun no se trabaja y se hace todo cuanto es posible. Además no sé si concederte que los compatriotas de Ausias March sean mas trabajadores que los hijos de Pelayo.

—Bien se ve, Pravia, que no eres imparcial en esta cuestion.

—Estamos en iguales circunstancias.

—Pero yo estoy en lo cierto.

—Tampoco creo engañarme.

—Y bien, ¿qué dice V. á todo esto, Castro?

Este, que durante toda la anterior conversacion habia permanecido en la mayor abstraccion, rompió el silencio al observar que D. Cleto le dirigia la palabra diciendo:

—¿Quién?... ¿Yo?... ¿Y de qué se trataba?

Al escuchar esta pregunta sus compañeros prorumpieron en una estrepitosa carcajada.

—¿De qué se trataba dices?— contestó al acabar de reirse Azara— de los inconvenientes de viajar con hombres enamorados que no atienden á lo que se habla, ni piensan mas que en el objeto de su amor, ni...

—No creas— interrumpió Castro deseoso de evitar las burlas de sus amigos,— que si no escuchaba era por...

—Sí; porque te hallabas en Guadalajara, y mal podias oir lo que á media hora de Huete se estaba hablando.

—Estais insoportables con vuestra Guadalajara— replicó el andaluz.

Y añadió tras haber revuelto su imaginacion en busca de un pretexto plausible que cohonestase su distraccion.

—Y para que veais cuan léjos estaba de pensar en lo que creéis, hallábame queriendo recordar los nombres de dos puntos de la misma provincia en que estamos que no hemos visitado y que, á juzgar por lo que de ellos he oido hablar, deben tener gran importancia.

—Siendo esa la causa de su preocupacion— observó D. Cleto, dando claramente á entender con su sonrisa que no creia en la exactitud de la afirmacion de Castro;— creo que podré disiparla. V. debe sin duda referirse á *Ercávica* y *Valeria* ¿no es cierto?

—Precisamente.

—Pues aunque no las hemos visitado, porque si su importancia histórica es grande, su importancia actual es nula; reducida aquella á un despoblado con algunas ruinas que se llaman hoy, sin saber porqué, Cabeza del griego, y esta conocida actualmente con el nombre de Valera de Arriba, á una villa de escasa importancia; aunque no las hemos visitado, repito, puedo satisfacer la curiosidad de V. respecto á ambas, dándole cuantas noticias poseo respecto á ellas.

—Mucho le agradeceré el que así lo haga— repuso Castro deseoso sobre todo de apartar de la imaginacion de sus amigos la causa que habia producido estas explicaciones.

—Pues voy inmediatamente á complacerle.

Y haciéndolo en efecto empezó de esta manera:

—Vds. no ignorarán que Tubal, hijo de Japhet, fue el primer poblador de España, unos veinte siglos antes de J. C.; ó al menos, si no fue el primero, no se conoce otro anterior á él; pues bien, á las gentes de este se atribuye la poblacion de varias ciudades, entre ellas la de *Ercávica*, cuya remota antigüedad casi no tiene rival.

—V. dispense si le interrumpo — dijo Pravia, — pero desearia saber el nombre del pueblo que tenemos á la vista.

—Es Caracena del Valle, llamado así para distinguirle de la villa de su mismo nombre que se halla en la provincia de Soria.

—Y no es muy grande á lo que parece.

—Como que aunque goza tambien de la categoría de villa, solo tiene unas doce casas que forman su única calle.

—Con que en alguna de ellas nos quisieran dar de almorzar — dijo Sacanell, — me daria por satisfecho, pues aunque solo habrémos caminado unas dos leguas, tengo bastante apetito.

—Detengámonos; pues — concedió D. Cleto, — siquiera en gracia de lo bien calculado de la distancia que hemos recorrido. Caracena está en efecto á dos leguas de Huete, comprendida en su partido judicial, y por lo tanto á seis de Cuenca, á cuya provincia y diócesis pertenece.

—Y no debe ser muy seco su clima; al menos yo siento humedad.

—Porque la hay; tiempo atrás me vi obligado á detenerme algunos dias en ella, y atrapé unas intermitentes que me causaron bastante molestia; es la enfermedad que mas abunda.

—Fortuna que nos detendremos poco tiempo.

—El necesario para tomar un bocado.

Y como en esto llegasen frente á una de las doce referidas casas, apeóse D. Cleto de su cabalgadura y se dirigió hácia un hombre que al divisarle habia salido á su encuentro, al que, una vez reunidos, dió un fuerte apretón de manos, diciéndole:

—¡Hola! tío Cosme, ¿qué tal va desde que no nos hemos visto?

—Sin novedad, ¿y usted, D. Cleto?

—Psch, así, así.

Y añadió señalando á sus amigos que á la sazón habian ya igualmente desmontado, y aproximádose á él:

—Los señores son amigos míos: vamos de Huete á Cuenca y tenemos ganas de almorzar; con que á ver si nos da V. algo para sostener nuestras fuerzas.

—Con mucho gusto; usted sabe que puede mandar aquí como amo y señor.

—Mil gracias. Aquí tienen Vds. — dijo D. Cleto á Azara y sus compañeros — al labrador mas honrado de toda Castilla; en su casa me curó las calenturas de que les he hablado, y en mas de cuatro semanas que estuve en su casa, no me faltó absolutamente nada; con la circunstancia agravante de que luego se negó á admitir recompensa alguna por los sacrificios que debió costarle mi permanencia en su casa.

—Eso no vale la pena... *Cualquiera* hubiera hecho lo *mesmo*... — contestó el tío Cosme confundido por las palabras de D. Cleto y por los elogios que sus compañeros le dirigian.

—Pero — añadió — estos señores están aquí aun de pié; entren Vds. si gustan, y en un santiamen les prepara mi mujer un almuerzo, que ni el rey lo come mejor.

Accediendo á esta invitacion, penetraron en efecto nuestros amigos en la modesta

pero limpia y arreglada vivienda del tío Cosme, cuya mujer, sencilla campesina, despues de manifestar la alegría que le causaba el volver á ver á D. Cleto, y de corresponder á los saludos de sus acompañantes, enterada del objeto de la detencion de estos, púsose inmediatamente á confeccionar algunas viandas que pudieran satisfacer su apetito.

Un cuarto de hora despues, el almuerzo, compuesto de una tortilla con patatas y algunas perdices en escabeche, estaba sobre la mesa, y D. Cleto y sus compañeros se prepararon á dar de él buena cuenta.

—Acompañennos Vds. —dijo aquel, dirigiéndose al tío Cosme y su mujer.

—Gracias, pero á estas horas no acostumbramos —respondió por ambos, el primero.

—No insisto porque sé lo que es hacer salir de sus hábitos á quienes están tan apegados á ellos.

—*Eftivamente* —afirmó la labriega; —prueba de ello que el otro dia en el cortijo del tío Pacorro comimos unas tristes manzanas á fuerza de instancias, y aun no haria una hora ya teniamos mi hombre y yo el vientre *removio*, y se iban y venian unas angustias...

Al llegar á éste punto, Castro, que colocado de frente á la ventana veia perfectamente cási toda la calle, exclamó:

—¡ Hombre! No es mala aquella casa. ¡ Lástima que, segun parece, esté tan descuidada!

—¡ Ah! —dijo el tío Cosme — esa pertenece al señor marqués.

—¿ A qué marqués? —preguntó Sacanell sonriéndose de la sencillez del tío Cosme.

—Al de Miraflores —se anticipó á decir D. Cleto; —al mismo á quien se debe la construccion del hermoso y sólido puente que sobre el rio Mayor encontraremos ahora á unos cuarenta pasos del pueblo.

—¡ Hola! —observó Pravia —si tan cerca pasa un rio, no escaseará aquí el agua.

—¡ Ca! no señor —contestó el tío Cosme con cierta satisfaccion; —si es una bendicion de Dios; tenemos, además del rio, una porcion de arroyos con una agua que ni la de Madrid.

—Y no es solo el agua —añadió la mujer del tío Cosme, —sino que tambien el rio nos provee de peces que no hay mas que pedir.

—No crean Vds. —dijo D. Cleto dirigiéndose á sus amigos, —aunque habrá unos cincuenta vecinos en Caracena, se disfrutan en ella bastantes comodidades, sobre todo en lo que toca á la bucólica; pues los conejos y las perdices abundan, y no falta algun ganado lanar.

—El pan tampoco es malo.

—Como que es del trigo de mis tierras que, aunque me esté mal el decirlo, no hay otro mejor en toda la provincia, ¿ verdad, Tomasa?

—¿ Qué ha de haber? Mire V. —dijo dirigiéndose á Azara, —dos molinos harineros hay en el pueblo, y los molineros se desviven por moler nuestro trigo porque dicen que les da gusto verlo tan blanco y tan hermoso.

—El vino es el que no abunda, pero por aquí no somos muy borrachos á Dios gracias.

Durante esta conversacion la tortilla se habia devorado y las perdices reducido á los huesos, por lo tanto se trató de emprender de nuevo la marcha, diciendo al efecto don Cleto:

—Ea, señores, continuemos nuestra peregrinacion, que el tiempo pasa y mucho me temo que no podamos ya hoy llegar á Cuenca.

—Por nosotros cuando V. guste.

—Pues amigo Cosme, me llevo con el sentimiento de dejarle, una nueva prueba de su buen afecto, que no trato de recompensar, porque seria inútil.

—¿Quiere V. callar, hombre de Dios? Eso no merece la pena.

—Ya sabe V. que aquí puede mandar con toda franqueza.

—Y lo mismo estos señores.

—Mil gracias—dijeron estos.

—Reconózcame V. por un servidor —añadió Azara tendiendo la mano al labriego, que este apretó con cierta cortedad,—y para que vea V. que no es vana mi oferta, aquí tiene V. una tarjeta mia con las señas de mi habitacion de Madrid por si en algo puedo serle útil.

Castro, Pravia y Sacanell imitaron la conducta del aragonés, entregando tambien á este sus tarjetas, que pasaron á manos de Tomasa, quien se apresuró á llevarlas á guardar en el fondo de un cajon de la cómoda, con mas cuidado que si fuesen alguna preciosa reliquia.

Repitiéronse los saludos y despedidas, y algunos momentos despues nuestros viajeros se hallaban de nuevo en camino, seguidos con la vista por Cosme, Tomasa y algunos otros vecinos curiosos que habian salido al rumor de las pisadas de los caballos.

Poco habrian caminado, cuando suscitada de nuevo la conversacion acerca de *Er-cávica* y *Valeria*, D. Cleto dió á los cuatro amigos sobre ambas poblaciones las noticias que, completadas, trascribiremos á continuacion.

El despoblado conocido bajo el nombre de Cabeza del griego, confina por el N. O. con el lugar de Hito; por el E. con el de Horcajo, y con Uclés por el S. E.

En dos distintas épocas, á fines del siglo XVI y en la última mitad del XVIII, hicieron en este sitio importantes excavaciones que dieron por resultado el descubrimiento de multitud de restos romanos y góticos, cuales fueron, de un circo, varios otros edificios, trozos de muralla, etc., todo lo que atestiguaba desde luego la importancia de la ciudad que allí existiera.

Pero ¿cuál era esta ciudad? Aquí empezaron las controversias y las disputas.

Quien sostenia que en aquel lugar habia florecido la famosa *Segóbriga*, por mas que todos los indicios demostraran que esta no fue otra que la moderna Segorbe; quien afirmaba que aquellas ruinas eran las de Munda; quien, en fin, no vacilaba en asegurar que eran las de Valeria.

Nadie, sin embargo, estaba en lo cierto; la primera opinion, mas producida por cierta enemistad contra Segorbe de los que la sostenian, que por actos ciertos y siquiera probables, perdía cada vez mas autoridad y no mayor era el fundamento de las dos

últimas, no obstante estar sostenidas por personas tan ilustradas como el P. Risco y el abate Masdeu.

En cambio el descubrimiento de los sepulcros de dos obispos, Nigrino y Sempronio, prestó gran fuerza á una hipótesis hasta entonces apenas sostenida; la de que en aquel lugar hubiera existido la célebre Ercávica.

Mucho interés hubo en desvanecer esta suposicion y dar pábulo á la primera que hemos apuntado, pero los descubrimientos posteriores á la vez que aumentaban la certeza de aquella, quitaban á esta todas las probabilidades.

D. Miguel Cortés Lopez, en su excelente *Diccionario de la España antigua*, ha conseguido probar hasta la evidencia que Ercávica y no otra ciudad era la que habia existido en el lugar, objeto de tantos debates, y á partir de la publicacion de dicha obra, no se ha vuelto á suscitar cuestion alguna sobre este punto.

Una vez sentada ya esta base, recorramos, aunque á grandes rasgos, la historia de la renombrada ciudad *Tobelía*.

Cuando por la posterior venida de los celtas y su union con los moradores de los sitios de nuestra península que ocuparon, se formó confederacion celtibérica, Ercávica quedó comprendida en la Celtiberia propia, cuna de la fusion celto-ibera, y que con la Celtiberia arevaca, la pelendona, la oriental y la occidental, formaba el total de la citada confederacion.

Hasta la invasion de los romanos ningun hecho notable ilustra su historia; pero verificada esta, ofrece la notable particularidad de ser quizá la única ciudad celtibera que no solo se entregase sin resistencia al invasor, sino que formara con él causa comun.

Tiberio Sempronio Graco penetró en ella sin oposicion alguna, y unidos los ercavicenses á sus tropas, pelearon en favor suyo en varias ocasiones, entre ellas en el combate dado por aquel entonces en las faldas del Moncayo.

Igual conducta siguió Ercávica en la guerra de Sertorio: ó desconociendo las intenciones de este ó no queriendo faltar á sus compromisos, se asoció á los romanos en vez de unirse al enemigo de Sila, y Lucio Hirtuleyo, teniente de este, la puso sitio, pero sus habitantes resistieron con bravura tanta sus ataques y fueron tan constantes en sufrir un hambre espantosa que obligaron al sertoriano á retirarse sin haber logrado su intento.

Este teson es tanto mas de notar cuanto que, segun se desprende de las medallas de esta ciudad que aun se conservan, no eran los ercavicenses gente de guerra, sino que se dedicaban mas bien al pastoreo y la agricultura.

El toro que, grabado en el reverso de la medalla simbolizaba tan pacíficas ocupaciones, llevaba un sello en el omoplato derecho é iba mitrado, significando con esto que los bueyes de esta ciudad, adoradora de la diosa Diana, eran los destinados para los sacrificios á las divinidades por su mayor tamaño y bella estampa.

En las medallas de casi todas las demás ciudades celtiberas, este toro está sustituido por un soldado armado con una lanza, símbolo de sus instintos guerreros.

No pocos debieron ser los privilegios que Ercávica, considerada al principio como

ciudad estependiaria, pero ascendida luego á la categoria de federada y mas tarde á municipio, debió gozar, si se ha de atender á los importantes servicios que prestó á Roma y al incremento que llegó á adquirir. Sus ruinas demuestran que hubo en ellas lujosos palacios, circos, teatros, monumentos mortuorios, en una palabra, cuanto atestigua la existencia de una ciudad en un alto grado de esplendor.

Segun Plinio *el Joven*, en la division de España en tres provincias, Tarraconense, Lusitánica y Bética, hecha por Augusto, Ercávica quedó comprendida en la primera y dependiente del convento jurídico de Zaragoza, aunque con iguales derechos sus habitantes que los latinos antiguos, y el privilegio de acuñar moneda.

No perdió nada de su importancia Ercávica con la invasion gótica que solo transformó en Arcávica ó Archábriga su primitivo nombre, antes al contrario, fue de las primeras sillas episcopales que se crearon, y una de las que mas celebridad llegaron á adquirir (1).

En la itacion de los obispados que á Wamba se atribuye, se dan como límites del de Ercávica, ya entonces Arcábriga, á Avia, término occidental del obispado de Valeria, al O. de Cuenca á Mora y á Pastrana exclusive.

Tras de la invasion gótica vino la árabe, y Ercávica debió sin duda ser de las ciudades que se entregaron por capitulacion á los infieles, pues no de otro modo se explica la existencia de la gótica iglesia que se descubre fuera de las murallas y que se edificó sin duda para poder continuar celebrando los fieles sus religiosas prácticas, conforme á las condiciones generales que imponian los vencedores á los que ni á discrecion ni á viva fuerza se les entregaban. Por entonces sin duda debió ser expulsado el obispo Sebastian y obligado á buscar un refugio en los dominios del tercer Alfonso.

Desde esta fecha empezó la decadencia de Ercávica, que, trabajada por las continuas luchas intestinas que ensangrentaron la España musulmana, y por las no menos sangrientas entre los vencedores y los vencidos, entre la cruz y la media luna, acabó por ser completamente destruida sin que nos sea dado precisar el momento en que esto sucedió, tanto por falta de datos, como porque acaso su destruccion fue producida no en un instante preciso, sino paulatinamente en un espacio de tiempo mas ó menos largo.

Entre sus ruinas merecen citarse las de un templo dedicado á Diana, en el cual se

(1) Hé aquí la lista por orden cronológico de los obispos que ocuparon la silla arcabrigense:

«Pedro, que suscribió en el concilio de Toledo celebrado en 597 y que la tuvo desde antes de 589 hasta el 600. Teodosio, desde antes de 610, en que asistió tambien al concilio que se reunió por entonces, suscribiendo en él con esta frase: *Obispo de la santa iglesia arcavicense*. Carterio, desde antes de 633 hasta despues de 638; envió en representacion suya al arcediano Domario á los concilios IV y VI de Toledo, debiendo haber asistido por sí ó por representantes tambien al V, aunque no consta en las actas, quizá por olvido del copiante. Baldnigio, desde antes de 653 hasta despues de 656; tambien consta su presencia en los concilios VIII, IX y X. Mumulo, desde antes de 675 hasta cerca de 677. Al XI concilio toledano celebrado en tiempo de Wamba, envió como representante suyo á su vicario Egila. Sempronio ó Saphronio, desde poco antes de 677 hasta cerca de 686; asistió á los concilios XII, XIII y XIV de Toledo, y á él pertenece la lápida descubierta en las ruinas de Ercávica, que tanto sirvió para testificar ser esta y no otra alguna la ciudad que allí habia existido y que empieza:

*Sephronius legitur tumulo Antistes in isto,
Quem rapuit populis mors inimica suis.*

Tras este vino Gabinio, desde antes de 686 hasta despues de 693. Suscribió los concilios XV y XVI celebrados en 688 y 693, despues de cuyo año ya no se conserva recuerdo de él ni de sus sucesores hasta 887 en que ocupando la silla episcopal Sebastian, fue expulsado de la ciudad por los árabes y se refugió en Asturias, cuyo monarca Alfonso III le recibió muy bien y le encomendó la iglesia y obispado de Orense.»

descubren algunos relieves que la representan en traje de cazadora, armada con un venablo y rodeada de perros; las de un anfiteatro que debió ser bastante grande, las de una curia, y bastantes trozos de sus torres y murallas que en su primitivo estado abrazaban una circunferencia de mil doscientas varas.

Varios han sido también los objetos que en las diferentes excavaciones verificadas se han encontrado; de ellos mencionaremos además de no pocas pilas de hermoso mármol, de algunos ladrillos de gran tamaño de la época romana, y de bastantes búcaros fabricados de barro saguntino, una segur de las que los *lictors* llevaban en el extremo superior de las *fasces*, dos lámparas, un pendiente de oro, una ampolla de vidrio, varias rejas de arado y algunas otras curiosidades de menor importancia.

Tal es en resumen la historia de esta famosa ciudad, cuyo primitivo sitio se fijó sucesivamente en Alcañiz, Arcos de la Frontera, Simancas, Molina la Vieja, Munebrega, Albarracín, Santaver, Priego y algunos otros puntos, sin que ninguna de las hipótesis anteriores lograra verse confirmada hasta que, como hemos visto, las averiguaciones hechas acerca de las ruinas halladas en el punto hoy llamado *Cabeza del griego*, lejos de atestiguar como sus autores deseaban la existencia en aquel sitio de la célebre Segóbriga, probaron por el contrario, la de la no menos célebre ciudad *Tobelia*.

No terminaremos cuanto á esta se refiere sin haber transcrito la explicación que don Miguel Cortés Lopez, en su ya citado *Diccionario de la España antigua*, da acerca del cambio del nombre *Archábriga*, corrupción del primitivo *Ercávica*, en el de Cabeza del griego.

D. Miguel Cortés atribuye cambio tan radical á una traducción eclesiástico-vulgar «pues, dice, todos los curas saben que en su idioma la voz *Arche* significa *Cabeza*: «*Archiepiscopus*, *Archidiaconus*, *Archipresbiter*, y el vulgo español pronuncia lo mismo *Briga* que *Griga*, *güeno* que *bueno*, y aun en el idioma literato lo mismo es *Consagurum* que *Consaburum*, y *Consaguera* y *Consecegra*, y de *Tlavia*, *Traga*; luego lo mismo quiere decir *Archábriga* que *Cabeza griega*, y este nombre es una manifiesta «tradición oral de aquel su sinónimo, atendida la popular pronunciación.»

Creemos esta explicación la más exacta é ingeniosa entre las muchas que se han ideado para dar razón de este cambio incluso la que supone que *Ercávica* fuera cabeza de la celtiberia y fundación de griegos, pues hallándose esta ciudad, según la expresión de Tito, *in ultimis locis Celtiberiæ*, y siendo de todos sabido que los griegos no llevaron sus establecimientos más allá de las costas, pues ni su dominación fue larga aun en estas, ni se conservan, vestigios ni recuerdos de ellos en el interior, véase claramente la imposibilidad de la fundación por ellos de una población tan encerrada, que por otra parte ningún dato se encarga de corroborar.

Finalizado con esto cuanto á *Ercávica* se refiere, veamos lo que respecta á la no menos famosa *Valeria*.

La renombrada ciudad *Valeria*, que compite en celebridad y antigüedad con *Ercávica*, hállese hoy reducida á una simple villa con Ayuntamiento, de la provincia y diócesis de Cuenca, que pertenece á la audiencia territorial de Albacete y á la capitánía general de Castilla la Nueva, y que en unas trescientas cincuenta casas alberga unos trescientos vecinos y como mil doscientas almas.

Su término confina por el N. con el de Valdeganga; por E. con el de Olmeda del Rey; por el S. con Valera de Abajo, y por el O. con la Parra y Albaladejo del Conde.

Situada en la cima de un collado, su clima es naturalmente frio pero sano, y produce además de trigo, cebada, centeno, avena y algunas legumbres, numerosos conejos, liebres y perdices, y algun ganado lanar y cabrío; recibe agua de un arroyo que á su vez toma de ella el nombre; teniendo además varias fuentes y algunos pozos de agua de excelente calidad.

Posee una escuela de primeras letras retribuida solo por los discípulos; una iglesia parroquial servida por un cura de entrada y una plaza bastante regular; sus calles están todas empedradas.

Dedicanse sus habitantes á la agricultura y á los oficios indispensables para el servicio de la poblacion, lo que constituye su industria, formando el comercio la venta de los productos sobrantes.

Tal es *Valeria*, hoy Valera de arriba, en su estado actual: veamos lo que fue en épocas mas remotas.

Lo mismo que *Ercávica* debe su fundacion á los primitivos pobladores de España, hallándose situada en lo que se llamó la *Olcadia*, que padeció mucho en tiempo de la invasion cartaginesa. Despues fue absorbida por la Celtiberia, hallándose situada, segun Ptolomeo, á los 12° y 30' de longitud y 40° y 40' de latitud.

Tan precisos datos: la analogía entre su primer nombre y el actual y los restos que de ella se conservan, han hecho que, al contrario de su compañera, no originara controversia alguna la fijacion del sitio en que se halló.

Valeria, como lo demuestran los trozos de murallas, termas, columnas, capiteles, etc., fue una ciudad de gran importancia, situada en la colina que domina á la moderna Valera, la cual indudablemente seria un arrabal, ó parte de aquella; en tiempo de los romanos gozaba los derechos de ciudad latina y pertenecia al convento jurídico de Carthagena.

Durante la dominacion gótica creció su importancia y llegó á ser una silla episcopal de las de mas fama, cuya jurisdiccion se extendia desde Taravilla por el E. de Cañete y Moya hasta el Turia; y por Utiel, desde Minaya, por el O. de Cuenca á Priego (1).

Al verificarse la invasion de los árabes, Valeria debió, á semejanza de Ercávica, admitir por capitulacion la media luna en su recinto, y en los primeros tiempos de la dominacion de aquellos, continuó gozando de igual consideracion que hasta entonces.

(1) Véase la lista de los obispos valerienses desde el primero, que de un modo auténtico se conoce hasta el último de que se tiene noticia:

Juan, desde antes de 589, en cuyo año asistió al tercer concilio Toledano, en el que suscribió con esta frase: *Ioannis Valensis ecclesiae episcopus*, cuya segunda palabra debe ser ó equivocacion ó contraccion de Valeriensis, puesto que en España no habia obispado alguno valense. Maguencio, desde antes de 610; asistió al concilio de este año y verificó la suscripcion con la palabra *Valeriensis*. Eusebio, desde antes de 633 hasta fines de 637: concurrió al concilio IV de Toledo y empleó igual frase que su antecesor. Tagoncio, desde 638 á 654; asistió á los concilios VII y VIII en los que respectivamente suscribió el XIII y el XI entre los asistentes. Estéban, desde 655 hasta cerca de 675; tomó parte en los concilios IX y X toledanos, ocupando en ellos el último y el penúltimo lugar; suscribió con la frase *Estéban Valeriense*. Y finalmente, Gaudencio, desde poco antes de 675 hasta despues de 693: asistió personalmente á los concilios XI, XII, XIV, XV y XVI, y al XIII por medio de su vicario. Segun la edad que llegó á alcanzar debió morir antes de la irrupcion sarracena y ser sustituido, mas nada se sabe ya con certeza á partir de él.

Yussuf el Fheri, nombrado emir en 746, dividió la península en cinco provincias, comprendiendo á Valeria en la de Toledo; pero las luchas civiles que entre este y el rebelde Amer-ben-Amrú surgieron muy luego, guerras en las que el encarnizamiento de ambos adversarios llegó hasta el extremo de abrasar las poblaciones para privarse mutuamente de bastimentos, debió Valeria ser una de tantas ciudades presas de las llamas, pues, por lo menos, no vuelve desde entonces á hablarse de ella, y Mariana la denomina la *quemada*, afirmando también Baltasar Porreño que tuvo el mismo fin de Troya.

Acabadas de dar por D. Cleto á sus compañeros las noticias que sobre Ercávica y Valeria hemos participado á nuestros lectores, y próximos ya á Cuenca, una pregunta de Azara originó nuevas explicaciones de aquel.

—Hay por estos alrededores un sitio que he oído nombrar mucho: la *ciudad encantada* de Valdecabras, ¿sabe V. algo acerca de ella, D. Cleto?

—Sí, y verdaderamente que es cosa notable: lástima que sea ya anochecido, pues sino podríamos divisarla, porque solo dista una legua y media de Cuenca. Fórmanla rocas que imitan edificios, columnas, pórticos, templos, y forman calles espaciosas, no faltando tampoco peñascos de formas, aun mas caprichosas, como cabezas de moros con turbantes, y mesas en las que se admira el perfecto trazado de los piés. El conjunto presenta un aspecto sumamente fantástico, que á la par sorprende y deleita.

—En verdad que siento no haber podido visitarla.

—Siempre estarémos á tiempo de hacerlo cuando volvamos, porque ahora seria mucho lo que nos retrasaria.

—Día mas ó menos...—objetó Pravia.

—¿Eso cree V? Para recorrerla solo se necesita mas, y para hacerse cargo de ella ha de emplearse por lo menos una semana.

—En ese caso me resigno á esperar.

—Á lo que yo no me resigno dijo Sacanell, es á que no estemos ya en la fonda descansando, pues la jornada de hoy ha sido larga.

—Sí en verdad, no creí que pudiéramos hacerla en un solo día.

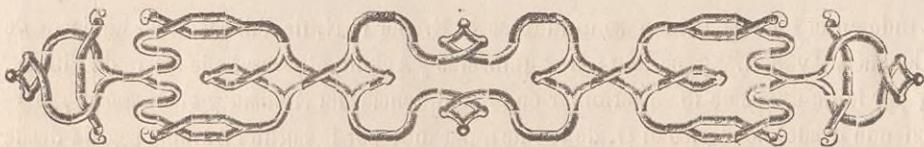
—Vamos, hombre, ya falta poco: que no se diga que un viejo como yo tiene mas resistencia que un jóven.

—Es que personas de la edad de V., y que tan bien se conserven, hay pocas.

—Y de la de V. con tan pocos ánimos, menos. Afortunadamente ya estamos en Cuenca, pues sino estaba viendo que aun se quedaba en el camino.

Efectivamente, conforme habia dicho D. Cleto, hallábanse ya nuestros cinco amigos en la poblacion, y se dirigieron á la fonda, donde tras una frugal colacion, pues el cansancio les habia quitado la gána, no tardaron en entregarse á las delicias de Morfeo.

Dos ó tres dias tomáronse de descanso, al cabo de los cuales emprendieron de nuevo la marcha hasta Sigüenza, de donde en el ferrocarril llegaron á Medinaceli, primer partido judicial de la provincia de Soria, y dejando para mas tarde visitar detenidamente esta villa, marcharon en derechura á la capital.



CAPÍTULO VII.

SORIA.

Situación geográfica y topográfica.—Partidos judiciales.—Estado actual.—Historia de la provincia en su parte civil y política.—Obispado de Osma.—Monumentos.—Condiciones especiales de la localidad.—Recuerdos de la antigua Numancia.—Ferias, mercados y diversiones publicas.—Industria, Agricultura y Comercio.



DURANTE el tiempo que invirtieron nuestros viajeros en recorrer las trece leguas que separan á Medinaceli de Soria fue D. Cleto refiriéndoles las condiciones generales en que se hallaba la provincia.

Segun los datos que les comunicó, Soria se halla situada en el centro N. de la península á los 41° 50' de latitud y 1° 27' 3" longitud oriental del meridiano de Madrid.

Muy castigada por el viento norte, su clima es por consecuencia bastante frio, pero no por ello deja de ser sano, como lo prueba el carecer de enfermedades constantes y localizadas en determinados puntos; sin embargo, las mas comunes son las afecciones reumáticas, las fluxiones en la dentadura y las fiebres intermitentes; ocasionadas aquellas por los aires frios: por la frialdad y finura de las aguas, las segundas, y por la proximidad de las lagunas á ciertos parajes, las últimas.

Desde el año 1809 hasta nuestros dias han sufrido los límites de su territorio no pocas variaciones. Por la division en departamentos, verificada en dicho año, tenia por confines al N. el departamento de Arlanzon; al E. el de Zaragoza; al S. el del Tajo alto, y al O. el del Duero y Prisuerga. La línea divisoria por la parte septentrional, comen-

zando en el Pico de Urbion continuábase al E. por el N. de Villoslada en la sierra de Cebollera, y al N. E., por el O. de Lumbreras y Ajamil, atravesaba la sierra de Pineda, y por la de Cabezote iba á terminar en la confluencia del *Alhama* y el *Añamaza*; marchando desde dicho pico al O. de la línea, pasando por la laguna Zumbel seguía desde Quintana de la Sierra hasta Covarrubias en la misma dirección del río *Arlanza*.

La línea que marcaba el límite oriental, partiendo de la confluencia del *Alhama* y el *Añamaza*, seguía al E. de Venta del Portazguillo, Vozmediano, y la Cueva: dejaba también al E. la sierra de Moncayo, y pasando por entre Ciria y Malanquilla, atravesaba por en medio de Cihuela y Lavid el río *Henar* y el *Jalon* al E. de Ariza; dirigíase luego por el O. de Campillo y Fuentelsaz, y por el E. de Milmarcos é Hinojosa á terminar entre Torrúbia y Tartanedo.

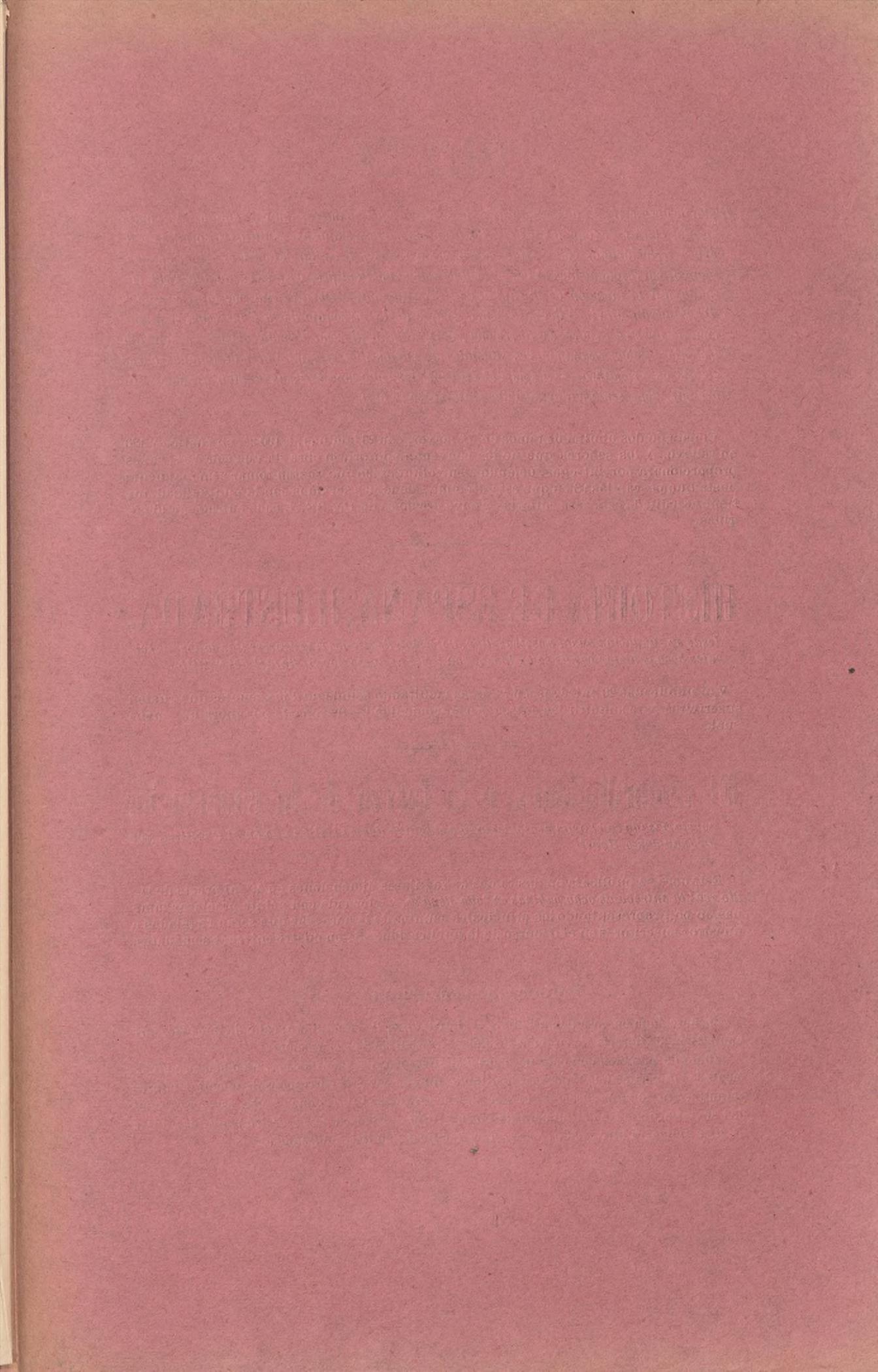
La línea divisoria meridional corría en dirección de E. á O. por la sierra de Salorio, al N. de Maranchon y de Sigüenza por Palazuelos, para venir á finalizar cerca de la parte oriental de Villacadima. En este punto nacía la línea occidental que, pasando al E. de Torresuso y Torremocha y cortando el *Duero*, en Lavid, iba luego por el E. de Peñaranda y Caleruega y por entre Hura y Castrovenia á finalizar en el *Arlanza*, no lejos de Covarrubias.

Como quiera que esta división no se planteó inmediatamente sino que se difirió hasta 1810, al llevarse á cabo en dicho año, sufrió alguna muy pequeña modificación en cuanto á los límites y el nombre de departamentos se substituyó el de prefecturas: la residencia del prefecto era la capital de la provincia y había además en Osma y Medinaceli dos subprefectos.

En 1822 hicieron las Cortes una reforma en el antiguo sistema de división de las provincias, vigente, apenas fueron expulsados los franceses de España, en virtud de la cual, la provincia de Soria confinaba al N. con las de Búrgos y Logroño: al E. con la de Zaragoza por Calatayud: al S. con la de Guadalajara y al O. con las de Segovia y Búrgos.

No duró tampoco mucho este estado de cosas, pues la reacción de 1823 en su odio á todo lo que trascendía á liberal, no perdonó á esta reforma su procedencia, y volvió á adoptar la primitiva división; pero en 1833 se modificó nuevamente respecto á Soria en esta forma, que es la que hoy rige.

Confina al N. con la provincia de Logroño y su límite por esta parte, es el mismo que el S. de dicha provincia, extendiéndose desde la sierra de Neila hasta la raya de Aragón: al E. con la de Zaragoza, y su línea divisoria, partiendo de dicha raya, se prolonga hasta la confrontación de Sisamon: al S. con la de Guadalajara, cuya línea de demarcación marcha por la parte meridional de Judes, Chaorua, Benamira y Esteras del Ducado á la sierra Ministra, para seguir desde allí por el nacimiento del *Henares*, N. de las Olmedillas y S. de Alpanseque y Madrigal á la sierra Pela y Puerto de Cabras: al O. con las de Segovia y Búrgos y su límite que empieza en Puerto de Cabras continúa por el E. de Villacadima de Naviales, Valdeperal y Castillejo, atravesando el *Duero* por el puente de Lavid, cuyo pueblo, sin embargo, corresponde á Búrgos, y marcha á los montes que originan el río *Pilde* pasando por entre Branzacorta y Alcobá



PIO IX.

Historia documentada de su vida y de los veinte y cinco primeros años de su glorioso pontificado, con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales de la época, relacionados con el catolicismo, y un examen detenido de las tres situaciones del mundo, correspondientes al nacimiento de este gran Pontífice, á su elevacion á la Sede romana y á la invasion de la capital de la cristiandad. —Obra escrita por los reverendos D. Eduardo María Vilarrasa, cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de nuestra Señora en Barcelona, y D. Emilio Moreno Cebada, doctor en sagrada teología: ambos examinadores sinodales de varias diócesis, y autores de algunas obras religiosas y científicas. — Espléndida edicion ilustrada con preciosas láminas grabadas sobre boj, representando los asuntos tratados en la obra.

Consta de dos abultados tomos en 4.º mayor, con 26 láminas, á 100 rs. en rústica y 120 en relieve. A los señores que no les convenga adquirir la obra de una sola vez, se les proporcionará por entregas, dejando á su voluntad las que gusten tomar semanalmente hasta que posean las 96 en que está dividida, siéndoles servidas con la puntualidad que tiene acreditada esta casa editorial, y cuyo precio es de UN REAL cada entrega de 16 páginas.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Van publicadas 20 entregas á 5 rs. una; facultando asimismo á los señores que gusten suscribirse para adquirir las entregas á su comodidad. — Se reparte por ahora una mensual.

El remordimiento, ó la fuerza de la conciencia.

novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Guattieri, por D. Juan Justo Uguet.

Esta obra se publicará en dos tomos de regulares dimensiones en 4.º, al precio de medio real la entrega de ocho páginas en toda España, y adornada con veinte preciosas láminas en boj, representando los principales asuntos de la obra, las que serán regaladas á nuestros suscritores en el decurso de la publicacion. — Salen cuatro entregas semanales.

Puntos de suscripcion y venta.

En Barcelona en casa de su Editor, el Heredero de D. Pablo Biera, calle de Robador, número 24 y 26, librería, y en todas las demás, y centros de suscripcion.

Fuera de Barcelona en casa de todos los Corresponsales de esta casa, atendiéndose igualmente las que avise cualquier otro particular aunque no sea corresponsal, mientras ofrezca garantía. Los señores suscriptores que deseen entenderse directamente con esta casa, pueden enviar el importe del número de entregas que gusten en *Sellos de franqueo, Libranzas del Giro mútuo*, ú otro medio, y les serán remitidas con toda puntualidad.